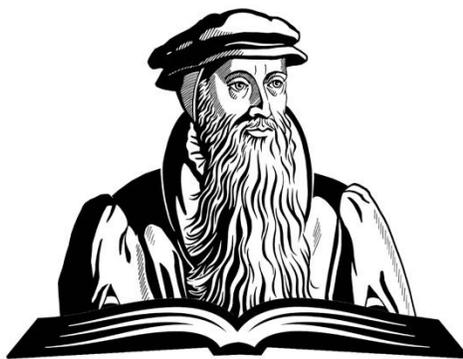


MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA:
EL CATECISMO MENOR
DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 16:
LA ENCARNACIÓN
Pregunta 22



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
- 16. La encarnación - Pregunta 22**
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamado efectivo - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90
48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

16 LECCIÓN

LA ENCARNACIÓN

P. 22. *¿Cómo es que Cristo, siendo el Hijo de Dios, se hizo hombre?*

R. Cristo, el Hijo de Dios, se hizo hombre al tomar para sí un cuerpo verdadero y un alma racional, siendo concebido por el poder del Espíritu Santo en el vientre de la virgen María, y nacido de ella, pero sin pecado.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 16:

¡Qué buenas noticias saber que hay un Salvador, un Redentor, Jesucristo, el Hijo de Dios! Si no hubiera Salvador, ningún pecador jamás podría ser perdonado o reconciliado con Dios. Todos los pecadores solo tendrían como destino el castigo seguro de la condenación. Esto nos lleva a alabar a Dios porque hay un Salvador. Nuestro Catecismo dedica las próximas preguntas a enfocarse en este Salvador, Jesucristo. Hay mucho en qué pensar: toda la Biblia está relacionada con Él. Este es el enfoque de la Palabra de Dios desde Génesis 3, donde se testifica que habría un descendiente de la mujer que vendría a aplastar la cabeza de la serpiente y a liberar a su pueblo, con un desarrollo progresivo de promesas y profecías que señalan la venida de Cristo, hasta que finalmente Él viene, cumple su obra, asciende al cielo y deja promesas a su pueblo de que volverá. Y, por supuesto, hay mucho más a lo largo de la Biblia.

Hoy vamos a reflexionar sobre lo que se conoce como la encarnación. Probablemente hayas escuchado esta palabra antes. Se refiere a que el Hijo de Dios se hizo hombre. La palabra «encarnación» proviene de un término que alude a «carne» o «cuerpo». Es una palabra que indica cómo el Hijo de Dios asumió una verdadera naturaleza humana, carne y sangre. Recuerda esta

palabra, «encarnación», porque se utilizará a lo largo de esta lección y es una palabra que es bueno conocer a medida que creces en el estudio de la Palabra de Dios. Es una palabra que nos recuerda que el eterno Hijo de Dios realmente se hizo hombre.

Nuestra pregunta hoy es la #22 del Catecismo Menor. Dice: «¿Cómo es que Cristo, siendo el Hijo de Dios, se hizo hombre?». La respuesta es: «Cristo, el Hijo de Dios, se hizo hombre al tomar para sí un cuerpo verdadero y un alma racional, siendo concebido por el poder del Espíritu Santo en el vientre de la virgen María, y nacido de ella, pero sin pecado».

Aclaremos algunas palabras clave que aparecen en esta respuesta. La primera es «alma racional». Nuestra alma es esa parte inmaterial de nosotros, esa parte que no es física. Es nuestra conciencia, nuestro espíritu. Mientras que puedes señalar y tocar tu cuerpo, no puedes señalar ni tocar físicamente tu alma. Tu alma es la que piensa, planea, desea, elige, ama y odia. Es cierto que hay un gran misterio en cómo nuestro cuerpo y alma se relacionan entre sí. Sin embargo, es claro que son dos cosas diferentes. Nuestro cuerpo no es nuestra alma, y nuestra alma no es nuestro cuerpo, aunque estas están unidas en nuestro ser.

Nuestra pregunta, entonces, se refiere a una «alma racional». La palabra «racional» indica el tipo de alma que se menciona. Es una manera de hablar de un alma humana. El alma humana tiene la capacidad de pensar o razonar de maneras en que los pájaros, peces u otros animales no pueden. Ciertamente, ellos piensan, e incluso pueden aprender algunos trucos y comportamientos en este mundo, pero no pueden razonar como los humanos lo hacen. No pueden formular un discurso verbal. Aunque puedan hacer sonidos y, en cierto sentido, comunicarse, no pueden componer pensamientos racionales. No pueden aprender de Dios ni conocerlo como los humanos pueden aprender de Él y conocerlo. Esto se debe a que los humanos han sido dotados con un alma racional.

Observemos otra palabra, la palabra «concebido». Esto se refiere a la formación de un ser humano en el vientre de su madre. El modo normal exige que haya una relación entre un padre y una madre. Y como veremos, Cristo fue concebido, es decir, formado como ser humano, en el vientre de su madre, María, pero esto fue de manera milagrosa, fue por el poder de Dios.

Bien, con estas ideas claras, pasemos a la parte principal de nuestra lección. Hoy tenemos tres puntos: Primero, *La preexistencia de nuestro Redentor*; segundo, *La concepción de nuestro Redentor*; y tercero, *La perfección de nuestro Redentor*.

1. *La preexistencia de nuestro Redentor*

Primero, entonces, *la preexistencia de nuestro Redentor*. En la lección anterior vimos la identidad de nuestro Redentor, es el Señor Jesucristo. La última pregunta también nos recordó que Él es el eterno Hijo de Dios. En nuestra pregunta de hoy, lo vemos referido como el Hijo de Dios. Esto es importante para nosotros y para nuestra lección de hoy. La concepción de Cristo, o el nacimiento de Cristo, no lo convirtió en el Hijo de Dios. Él siempre, eternamente, es el Hijo de Dios. Siempre ha sido, será y es el eterno Hijo de Dios. Recuerda la pregunta que tratamos antes: «¿Cuántas personas hay en la Divinidad?». La respuesta: «Hay tres personas en la Divinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y estas tres son un solo Dios, mismas en sustancia, iguales en poder y gloria».

Él es eternamente el Hijo. La encarnación (su concepción milagrosa en el vientre de María, su nacimiento de María) no lo hacen el Hijo de Dios. Él siempre es el Hijo de Dios. En otras palabras, nuestro Redentor es eternamente el Hijo de Dios. Él existía antes de la encarnación. Cantamos sobre esto en el Salmo 40, versículos 6 al 8 (y se menciona en muchos otros lugares también), pero en el versículo 7 del Salmo 40 tenemos la palabra de Cristo, donde dice: «Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí». Este pasaje se cita nuevamente en el libro de Hebreos, y se aclara que se refiere explícitamente a Jesucristo. Y al considerar estas palabras, hay algo importante. No es que Él comenzó a existir en el vientre de María. Más bien, Él vino. Él, quien ya existía, vino al mundo. En otras palabras, Él existía previamente y luego vino a este mundo. Podemos ilustrarlo de la siguiente manera: tú existes antes de entrar a una habitación. Puedes estar fuera de la habitación y luego entrar en ella. Pues bien, el Hijo de Dios existía como el Hijo de Dios antes de venir a este mundo por medio de su encarnación. Esto es a lo que Cristo se refería cuando les dijo a los judíos, en el evangelio de Juan capítulo 8, versículo 58: «De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy». Él toma la declaración divina y dice: «Yo soy, yo soy Dios. Antes de que Abraham existiera, yo soy. Ahora mismo, yo soy». Los judíos comprendieron esto, y por eso tomaron piedras para matarlo, pues lo acusaban de blasfemia. El punto es, por supuesto, que Él es, y eternamente es, una persona divina. Él es el eterno Hijo de Dios.

Precede a Abraham no solo en importancia, sino también en existencia, porque es el Hijo de Dios. Para ser claros, esto no significa que su cuerpo y alma humanos existieran previamente. Su naturaleza humana comenzó en la encarnación, en el vientre de María, como veremos. Más bien, es como Dios, el Hijo eterno de Dios, que nuestro Redentor existió antes de su encarnación. Después de su concepción en el vientre de María, Él sigue siendo el Hijo de Dios, pero ahora con una naturaleza adicional, la naturaleza humana. Recuerden que hablamos de esto en la lección anterior. El punto es este, al hacer esta conexión: nuestro Redentor es una persona divina, quien siempre es, y sin embargo, como veremos, tomó de manera maravillosa una naturaleza adicional, incluso una naturaleza humana.

2. *La concepción de nuestro Redentor*

Así que, en segundo lugar, consideremos *la concepción de nuestro Redentor*. Recuerden que la palabra «concepción» se refiere a cómo se forma un ser humano en el vientre de su madre. Cada uno de ustedes fue concebido en el vientre de su madre. Algunos de ustedes pueden haber tenido un hermano o hermana menor y recordarán que, cuando el vientre de su madre comenzó a crecer a medida que avanzaba el embarazo, esto sucedía porque su hermano o hermana estaba creciendo en el vientre de su madre, y finalmente su madre dio a luz a su hermano o hermana. Es algo asombroso, lleno de misterio y maravilla. Y cada uno de nosotros comenzó de manera increíble como un pequeño ser humano, tan diminuto que no podía ser observado a simple vista, pero crecimos en el vientre de nuestra madre, hasta que finalmente también fuimos traídos al mundo.

Pues bien, lo asombroso pensar es que Jesucristo comenzó su existencia humana de la misma manera, como un pequeño ser humano en el vientre de María. Ahora bien, recuerden,

esto no fue el comienzo del Hijo de Dios; como Hijo de Dios, Él es eterno. Más bien, Él comenzó su encarnación en el vientre de su madre.

En los evangelios, vemos que el nombre de su madre era María. Puedes leer parte de su vida en Lucas, capítulo 1. Allí es donde ella se entera por el ángel de Dios de que ha sido escogida por Dios para llevar en su vientre al Señor Jesucristo. Es su naturaleza humana la que fue concebida en el vientre de María. Su cuerpo humano pasó por todos los desarrollos normales en el vientre de ella, y eventualmente nació y creció como crece un niño, lo cual es una verdad asombrosa de considerar.

Pero notemos un punto importante que hace el Catecismo. María es referida como «la virgen María». La palabra «virgen» significa que aún no había estado con José de manera que pudiera quedar embarazada. Todos los demás humanos en el mundo, desde Adán y Eva, han tenido un padre y una madre humanos. Esta es la manera en que los hijos son traídos a este mundo. Es lo que nuestra pregunta anterior llamó «generación ordinaria». Es la forma en que ordinariamente comienza una vida.

Sin embargo, Cristo, el Hijo de Dios, fue traído a este mundo por un milagro. Un «milagro» se refiere a algo que no puede suceder de maneras ordinarias. Requiere una obra divina que sea extraordinaria. En otras palabras, Él no fue concebido del modo ordinario; fue concebido de una manera extraordinaria, una manera por encima de lo ordinario. Una mujer que no había estado a un hombre concibió un hijo. José aún no era su esposo. José no había estado aún con María de esa manera, y sin embargo, ella concibió un hijo. Ahora, ¿cómo pudo suceder esto? De hecho, el propio José luchó con el hecho de que María estaba embarazada. Pensó que María había estado con otro hombre cuando se enteró de que estaba embarazada. Puedes leer sobre esto en Mateo capítulo 1, donde él está lidiando con esta verdad. Él pensó que María le había sido infiel. Sin embargo, el Señor le mostró a José que María estaba embarazada por un milagro. Hubo una obra milagrosa de Dios. María había concebido milagrosamente (no de manera normal, sino de manera sobrenatural) a este niño por el poder del Espíritu Santo. Esto es lo que se le dijo a José en Mateo 1:20: «Y pensando él en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es».

Es lo mismo que se le dijo a María cuando luchaba por entender esto, en Lucas 1:35: «Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios». Lo que esto significa es que Dios causó que ocurriera un milagro. Lo hizo por el poder del Espíritu Santo. Hay mucho que no podemos entender sobre esto, porque está por encima y más allá de la manera normal en que suceden las cosas. Es un milagro, al igual que cuando el Mar Rojo fue dividido, no fue por una causa natural, sino por la obra milagrosa de Dios. Así que María estaba embarazada por la obra milagrosa de Dios. Podemos reconocer que Dios milagrosamente causó que su Hijo fuera concebido en el vientre de María. Es una obra divina. En ese momento, su Hijo eterno tomó para sí una naturaleza humana verdadera.

Esta verdadera naturaleza humana está compuesta por dos cosas principalmente: (1) un cuerpo verdadero y (2) un alma racional, como lo indica el Catecismo. En otras palabras, no solo parecía ser humano, sino que realmente se hizo humano. Nuevamente, Él no dejó de ser completamente Dios. No renunció a nada divino al hacerse hombre. En cambio, tomó algo adicional para sí, y lo que tomó fue una naturaleza humana real. Su verdadero cuerpo creció y se

desarrolló. Y cuando nació, tuvo hambre y sed. Sintió dolor y sintió placer. Esto no solo ocurrió en la cruz, por supuesto, sino durante toda su vida en este mundo. Además, al igual que tú y yo, el Hijo de Dios asumió para sí un alma humana. Tuvo pensamientos y deseos humanos, sentimientos y anhelos. No es como si la persona divina del Hijo de Dios solo hubiera tomado un cuerpo humano. En lugar de eso, el Hijo divino de Dios asumió una naturaleza humana completa y plena: cuerpo y alma. Esto se ve con mayor claridad cuando Él va a la cruz y muere. El cuerpo humano de Cristo está clavado en la cruz. Está cerca de la muerte, sufriendo mientras paga por los pecados de su pueblo. Pues bien, cuando se acerca el momento de la muerte, nota sus palabras registradas en Lucas, capítulo 23, versículo 46. Allí leemos: «Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró». Entonces, ¿qué sucedió? Su cuerpo humano permaneció clavado a la cruz. Eventualmente fue bajado y puesto en el sepulcro. Y, por supuesto, finalmente resucitaría. Pero nota lo que sucede en ese momento. Él muere, su cuerpo permanece clavado a la cruz. Pero, al orar Él encomendó su alma, su alma humana referida en el texto como «su espíritu» o «el espíritu», y Jesús lo encomendó bajo el cuidado de su Padre. Tenía tanto un cuerpo como un alma. Era completamente humano. Su muerte, como la muerte de cualquier ser humano, fue la separación de su cuerpo humano y de su alma humana. El Hijo eterno de Dios realmente se hizo humano y (esto es asombroso) sigue siendo un verdadero ser humano.

3. *La perfección de nuestro Redentor*

En tercer lugar, consideremos *la perfección de nuestro Redentor*. Necesitamos aclarar un punto que también menciona nuestro Catecismo. Nota las últimas palabras al final de la pregunta: «pero sin pecado». Estas palabras son muy importantes. Todos los humanos desde Adán y Eva son concebidos en pecado. Recuerda, «toda la humanidad que desciende de él por la generación ordinaria, pecó en él, y cayó con él en su primera transgresión». Este es uno de los lamentos de David en el Salmo 51. Noten el versículo 5: «He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre». Pues bien, Cristo no fue formado en iniquidad. No fue concebido en pecado. Él era sin pecado. Era sin pecado desde su concepción, durante toda su vida, y también en su muerte, y así sucesivamente. Esto es declarado bellamente y de manera sencilla en 1 Juan, capítulo 3, versículo 5. Juan escribe: «Y sabéis que él» —es decir, Jesús— «apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él». Cuando Cristo vino, no apareció como un pecador en el vientre de María. Adicional a esto, Él nunca pecó. Hebreos 4, versículo 15 indica esto. Allí leemos: «Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado». Cada tentación que Cristo enfrentó, la enfrentó perfectamente, sin comprometer jamás su integridad, sin pecar nunca contra Dios.

Entonces, la encarnación de Cristo significa que el Hijo de Dios realmente se volvió un verdadero ser humano. Sin embargo, no significa que se convirtiera en un pecador. Adán fue un verdadero ser humano desde antes de la caída, y no era un pecador. Cristo entró en este mundo de esa manera. Como un verdadero ser humano, pero no como un pecador. Además, vivió sin pecado durante toda su vida. Esto significa, entonces, que Él no es un pecador como tú y yo lo

somos. Él es verdaderamente humano, pero sin pecado desde su concepción hasta el final de su vida, lo que lo califica para ser el Salvador.

Esta verdad bíblica es bellamente expresada en el Credo Niceno. Esta declaración de fe fue desarrollada en los primeros siglos de la iglesia primitiva y es una excelente expresión de lo que la Biblia enseña sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: en cuanto al Hijo de Dios, expresa la verdad de la encarnación con las siguientes palabras: «Por nosotros y por nuestra salvación, descendió del cielo. Se encarnó por obra del Espíritu Santo y de la virgen María, y se hizo hombre». En otras palabras, la encarnación, junto con su impecabilidad, tuvo como propósito salvar a los pecadores. Dicho de otra manera, la encarnación no es solo un milagro asombroso, aunque ciertamente lo es: Es un evento milagroso que demanda asombro y admiración. Pero es un milagro lleno de gracia. La razón de la encarnación es que Él salvara a los pecadores.

Qué verdad tan increíble es esta. Es digna de nuestra meditación y alabanza. Una de las cosas que aprendemos es cuán perfectamente capacitado está Cristo para ser nuestro Salvador. Es completamente Dios, y por lo tanto, capaz de hacer todo lo que se necesitaba para nuestra salvación. Pero también es completamente hombre, para que pueda actuar a nuestro nombre. Vimos esto en nuestra lección anterior. Y esta lección nos ayuda a aclarar cómo fue eso posible— completamente Dios, completamente hombre.

La segunda cosa que esto nos ayuda a ver es el amor inconmensurable de Cristo por su pueblo. El Hijo de Dios, glorioso y perfecto, estuvo dispuesto a humillarse y asumir esta verdadera naturaleza humana. Veremos más sobre esto en el futuro, pero vale la pena destacar que el Hijo de Dios quiso hacerse hombre. Recuerda el Salmo 40, puedes leer los versículos 6 al 8. Y ahí Cristo habla con entusiasmo alentador: «He aquí, vengo... me deleito en hacer tu voluntad». No vino de mala gana, sino que vino voluntariamente para volverse hombre. No dejó de ser Dios, sin embargo, se hizo verdaderamente hombre. Dios y hombre en dos naturalezas distintas y una sola persona para siempre. Y para hacer esto, Él verdaderamente asumió para sí una naturaleza humana real.

Finalmente, el último punto que debemos considerar al concluir es que esto es algo que debe llenarnos de asombro: la obra milagrosa de Dios por nosotros. María se preguntó: «¿Cómo será esto, pues no conozco varón?». Es correcto que nos asombremos ante el poder milagroso de Dios. Era completamente imposible que esto ocurriera, es decir, era completamente imposible, si no fuera por el poder de Dios. Por eso el ángel respondió a la pregunta de María: «Porque para Dios nada es imposible». Debemos tomarnos el tiempo para alabar a Dios por su poderosa obra de gracia. A las personas les encanta pensar en las hazañas de los héroes del pasado. Pero piensen por un momento, ¿qué son esas hazañas de simples hombres en comparación con el poder milagroso de Dios? Debemos tomarnos el tiempo para meditar en el poder inconmensurable de Dios manifestado en la encarnación. Y mientras lo hacemos, añadamos esto a nuestra reflexión: Dios hizo esto para salvar a los pecadores. ¡Oh, qué Dios tenemos, que envió a su Hijo, y el Hijo mismo estuvo dispuesto a venir y hacer esto por nosotros!

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.